

impresa que habían escrito en cierta religión de las virtudes de un religioso, y que decía que los dolores eran pedazos de la Pasión del Señor, le dió deseo de padecer; y luego le vino un tan vehemente dolor de ijada, que le duró seis días, y le tuvo á pique de perder la vida; en él mejoró, visitado de su confesor (que era varón milagroso), el cual le puso la mano en aquella parte, y en muchos años no le volvió este género de achaque.



CAPITULO XV

De otras misericordias que Dios hizo á este pecador, y avisos que le dió hasta ponerlo en más alto grado en la Iglesia.

Prosiguió este pecador algunos años (que serían como diez) en esta vida interior de oración, dolor y penitencia, y sentimientos de amor y de dolor. Mas en medio de ellos fueron grandes las culpas, miserias y pecados en que incurrió. Porque aunque los socorros que Dios le hacía eran grandísimos, y su deseo de aborrecer al pecado y obrar lo bueno al paso que los socorros; después de esto fueron sus culpas muy grandes, señaladamente en atraer al alma propiedades y pasiones; era la misma flaqueza, y cuando menos pensaba, comenzando por lo bueno, se hallaba en lo más perdido y malo. Y llorando, penando, padeciendo y aborreciendo lo que pecaba, permitía Dios que tropezase

COL. DE LIB. QUE TR. DE AM.—T. X. d

y cayese grave y gravísimamente, y purgase alguna secreta soberbia y vanidad que tenía entrañada allá en el alma; y que conociese con eso su miseria y tocase con las manos, que cuanto tenía que á Dios agradase, lo había recibido dado y muy dado de Dios, y que de suyo no era más que una sentina y manantial de vicios y maldades, y que sólo de Dios tenía cuanto tenía que no fuese lo malo y lo peor.

Y este conocimiento que ha cobrado después de muchas caídas (¡oh, Dios mío, dure y perseverare en él y en él crezca sin caer!), le ha costado muchas lágrimas, penitencias, azotes, aflicciones y congojas, sintiendo vivamente que la humildad se fabricase en él á costa de ofensas de su mismo Creador, á quien sentía y tenía en su alma, sino como debía á la pureza de servirle, al vivo sentimiento de amarle y adorarle, porque éste, en medio de tantas culpas y miserias, nunca se le quitó; ni con ellas dejó de amar y llorar ejercitándose en una profunda guerra, ya vencido, ya venciendo; ya vencido de su flaqueza, ya venciendo en él la gracia. Y se acuerda que en una ocasión lloraron que la humildad y conocimiento propio lo cobrase á tanta costa de culpas, tomó la pluma, y, con vivo sentimiento de su alma, hizo estos ocho versos, que (aunque él nunca tuvo para esto habilidad) explican bien su congoja:

*¡Oh cuán claras experiencias
las de mi conocimiento!*

*Pues que las cobro en mi daño,
si las logro en mi remedio.*

*Que os cueste siempre, Señor,
¡el humillarme ofenderos!*

¡Oh, qué gran bien es el fin!

¡Oh, qué gran mal es el medio!

En este tiempo, pues, debe á Dios las siguientes mercedes, á las cuales mira con temor y con amor; con amor á quien tanto bien le hizo; con temor de que serán cargos en el juicio las mismas que aquí son misericordias.

Lo primero: debe adorar y adora eternamente á Dios, porque en tantos peligros, daños, culpas y caídas, siempre aborreció la culpa, el pecado y lo malo; y aquello mismo malo que hacía, lo aborrecía, lloraba y moría, porque no podía su flaqueza desasirse de aquello mismo que obraba.

Lo segundo: que nunca pudieron tanto sus pasiones, que lo despojasen de la penitencia ni del rigor de perseguirle; antes cuanto más flaqueza conocía en sí, tanto con más fortaleza se perseguía, castigaba y domaba, y á las culpas añadía ejercicios de dolor, de penitencia y rigor.

Lo tercero: debe á Dios, que nunca se le mitigó (á lo menos no le faltó), el sentimiento co-

tidiano del amor divino; antes crecía con el dolor y siempre sentía más haber ofendido á Dios, ó desviándose en algo de su santa voluntad, que el condenarse, pesándole mucho más dar disgusto á quien amaba, que destruirse y perderse, como se destruía y perdía.

Lo cuarto: por este tiempo (harto á los principios de su vocación), ya sacerdote, le mandaron ir acompañando á una gran reina muy santa, con puesto mayor del que él merecía: hizo una grande jornada por Europa y en todas partes le ayudó Dios y libró de grandes males, y conservó los dictámenes de agradarle, de servirle y no ofenderle.

Lo quinto: en las partes por donde andaba siempre procuraba hospedarse en conventos y retiros donde dentro de su ocupación (que era toda de Palacio) se daba á Dios todo el tiempo que podía, huyendo de vanas recreaciones.

Lo sexto: dormía (cuando podía sin nota) en una tarima. Y ya desde este tiempo comenzó el demonio abiertamente á perseguirle y ofenderle, y haciéndose dueño de sus sentidos exteriores (aunque no de sus potencias) lo afligía, oprimía y maltrataba. Particularmente, en una de las ciudades grandes que anduvo, le sucedieron muchas veces cosas notables en esto.

Lo séptimo: durmiendo en una ermita que había dentro de un convento de Carmelitas Descalzos, abrazado de una cruz (como acostumbra), en siendo las tres de la mañana ú otra hora semejante, sentía en la misma cruz dos ó tres golpes, con que lo despertaban, para que se levantara á orar y él lo hacía. Y aunque podía hacerlo el demonio para desvelarle y engañarle, pero siempre creyó que era su ángel y no el enemigo común; porque ordinariamente tenía buenos efectos, pues se levantaba, se disciplinaba, lloraba y oraba, pidiendo á Dios misericordia, y el demonio es más amigo de que el hombre ande dormido que no despierto.

Lo octavo: habiéndole Dios dejado, ó dado, ó permitido, para lastre de tantas misericordias, una gran tribulación que le ha afligido treinta años (y siempre ha pedido que se la quite, aunque con resignación), se la suspendía Dios casi todos los días solemnes. Y esto le causaba harto consuelo y descanso.

Lo noveno: habiéndose ofrecido una ocasión de gran peligro de su alma, en que se iba haciendo sobradamente á lo malo, lo tuvo Dios de su mano misericordiosa para que no incurriese en lo peor y no le volviese del todo las espaldas. Y le dió lágrimas y dolor para llorar el peligro y el daño, sin perder punto el ansia de no enojarle

ni de no consentir en cualquiera cosa en que pudiese ofenderle.

Lo décimo: estando un día delante del Santísimo Sacramento (porque estaba descubierto) orando con gran fervor, mirándolo atentamente vió con los ojos del alma ó los del cuerpo, ó de la imaginación (no se atreve á asegurar de qué manera lo vió, sino que fué con gran claridad), en el aire un ángel que miraba á la Hostia consagrada y la señalaba con la mano derecha, según lo que le parece; y en la izquierda, que estaba hacia este pecador, tenía un poco de estiércol. Y le dieron á entender con esto que el estiércol era el mundo, y que no había otra cosa que desear sino á Dios.

Lo undécimo: desde este día se fué mitigando la ambición, de manera que positivamente no le parece que había cosa que desease, ni buscase, ni apeteciese, sino á Dios, con la parte racional; aunque la naturaleza tal vez ha hecho sus corcovos; más con tan gran señorío de la parte superior comunmente en treinta años, que de la misma manera deja que toma las cosas. Y menos que por motivos de servir y agradar á Dios, todos los puestos los dejaría fácilmente, y no le parece que haría ni dejaría de hacer cosa menos que por Dios y no por temporalidades de ambición por cuanto hay en el mundo. Y este bien y

gracia ha crecido en él, cuanto ha crecido el darle su bondad más pureza de conciencia (si es que alguna vez la ha tenido) y constancia en la oración.

Lo duodécimo: le hizo Dios merced de que en una iglesia de Alemania, del Palatinado Inferior, en una ciudad llamada Preten, habiendo ido á ella á decir Misa, viese en un rincón arriada una imagen de Cristo Nuestro Señor Crucificado, cortados los brazos y piernas por los herejes, que no lo habían podido aderezar en aquella pobre parroquia. Y cuando la miró le pareció que estaba rodeada de resplandor aquella Sagrada imagen, y que muy claramente le pedía que la sacase de allí; y lo rescató y trajo consigo siempre, y ha sido de gran consuelo y ha hecho algunos milagros, y le ha compuesto decentemente y nunca le ha faltado de su Oratorio; y la reconoce infinitos beneficios.

Lo décimotercero; en otra ciudad de Flandes le dieron una imagen del Niño Jesús, de madera, pequeña; la cual ha traído consigo ordinariamente, aun en las comunes jornadas y le ha hecho muchas mercedes por ella su original. Y en una ocasión, estando rezando con un capellán suyo el Oficio Mayor y en él las Horas menores, á las cinco ó seis de la mañana, en el Invierno, teniendo allí aquella imagen y un velón

para alumbrarse, se acabó el aceite totalmente. Y habiéndolo reconocido, viendo que se acababa la luz, encomendóse á aquella imagen, y pidiéndolo remedio (por no inquietar á los que dormían para traerlo) comenzó á rebosar en el velón el aceite; de suerte, que no sólo lo llenó, sino que con virtud oculta crecía y subía hacia arriba y se derramaba por fuera, y se llenó una ampolleta de vidrio de aquel accita. Y otras cosas poco menos maravillosas que esta ha hecho Dios por esta Sagrada imagen.



CAPITULO XVI

Prosigue este pecador en la penitencia, pero con hartos asimientos é imperfecciones y caldas, y dale Dios una gravísima enfermedad, y le reprende San Pedro Apóstol.

No puede negarse que si se hubiera de definir propiamente la flaqueza y debilidad, se había de decir que es la flaqueza el humano corazón. Y si hubiera de definirse la ingratitud, se había de definir: la ingratitud es el hombre. Y si se hubiera de definir la malicia: es el natural humano. Y si estas tres definiciones se hubieran de manifestar prácticamente en un sujeto, se podía con toda seguridad afirmar que la flaqueza, la ingratitud y la malicia práctica, ha sido y es este desdichado y perdido pecador. Porque siendo así que le hacía Dios tan grandes misericordias y lo sufría con tan grande tolerancia y le daba deseos de penitencia y algunos ejercicios, que parece

que lo eran, y sentimientos de amor; después de esto todo lo venció su flaqueza, su ingratitude y malicia. Porque teniendo buenos deseos caía infinitas veces; y en llegando la ocasión, en lo grave y en lo leve volvía á Dios las espaldas arrastrado de sus pasiones, miserias é imperfecciones. Y lloraba y pecaba, y pecaba y lloraba, y todo era levantar y caer, y llorar y pecar, y caer y levantar, y vencer y ser vencido; y por una parte penaba, llorando porque pecó, y por otra deshacía, pecando, lo que lloró; y de esta suerte vivía penando, llorando y padeciendo. Pero siempre le ayudaba Dios y tenía presente. Y en aquel tiempo puede hacerle, entre infinitos, los cargos siguientes:

Lo primero: nunca le dejó esta bondad infinita, que faltase la penitencia ni el dolor de sus culpas, ni que dejase el ejercicio de seguirle y de servirle, sino que si caía, lloraba y se levantaba.

Lo segundo: siempre, entre tantas pasiones y caídas, lo conservó en oración, y cuanto más caía más oraba, lloraba, se castigaba y clamaba. Y esta fué muy grande misericordia.

Lo tercero: en medio de culpas gravísimas, caídas y pasiones muy terribles (que son cargos de inmenso peso y medida que le ha de hacer y puede y debe hacer la justicia divina á este pecador), siempre lo volvía á sí su piedad y bondad;

lo buscaba como á ovejuela perdida y lo reducía y traía á dolor y á penitencia, y no le dejaba que se perdiese en el todo, sino como á un toro ensoñado, aunque él tiraba para hacer mal (y lo hacía algunas veces), tiraba el Señor de la maroma fuerte de la gracia hacia su gracia y misericordia. Y si le soltaba este fierísimo tóro, lo volvía á atar con los cordeles de su gracia preciosísima. Y lo tenía, contenía y traía á sí mismo, á fuerza de misericordia y gracia.

Lo cuarto: para domar esta fiera, fué Dios servido, por su infinita bondad, que le diese una enfermedad gravísima y mortal, porque se juzgó que vivió milagrosamente. Y aunque se dispuso con lágrimas y dolor, y era en tiempo en que hacía muy ásperas penitencias, según su fragilidad, no tenía ocasión para ofender á su Dios y á su Señor, y se confesó generalmente; con todo eso tenía que no andaba derecho en espíritu y verdad, porque sus pasiones y miserias estaban verdes; por lo menos en llegando la ocasión de poder mostrar su perdido natural. Y así la bondad Divina le dió más tiempo de penitencia, y no lo quiso entonces juzgar y condenar á este miserable pecador.

Lo quinto: en esta enfermedad se privó de los sentidos exteriores, y le dió Dios grandes luces de sus miserias y culpas. Y en algunos tiem-

pos que estuvo sin ellos, le enseñó muchas verdades de su vida desventurada, y le pareció que había en su aposento muchos espíritus malditos y trataban de acusarle y molestarle, y finalmente, las especies de su imaginación estaban derramadas entre mil confusiones y temores.

Lo sexto: en esta ocasión vió á San Pedro (no sabe si fué con los ojos corporales, los del alma ó los de la imaginación) en forma de un viejo muy venerable, y con severidad (aunque harto dulce y piadosa para lo que él merecía) le dió una recia reprehensión, que en substancia era llamarle perdido, vano, ingrato y flaco; en lo que más cargó la mano fué en la soberbia, diciendo que estaba lleno de vanidad. Y casi todo cuanto vió en aquel tiempo que estuvo sin sentido, se enderezaba á reprender la vanidad, soberbia, flaqueza y sensualidad, dando á entender que ésta dependía de aquélla. Pero después de haberle dado San Pedro, Vicario del Redentor, esta reprehensión, lo animó y dijo que le había de llevar á ser Prelado de una Iglesia que le nombró, y que allí quería que le sirviese, y así desapareció.

Lo séptimo: durando esta enfermedad, y falta de sentidos exteriores (que fué de algunos días, teniéndole ya por muerto, ó por lo menos por muy próximo á la muerte), le pareció que venía

una religiosa descalza, carmelita, que barría el aposento con una escoba, y con eso echó de allí á todos los enemigos, y la confusión y obscuridad que en él había y que comenzaba en este pecador á haber claridad. Y poco después vió que una mano (que él creía que era de su Angel de Guarda) cogía las especies de su turbada imaginación, y después de haber dado con ellas diversas vueltas (como quien deshacía lo revuelto y mal concertado para componerlo bien), últimamente las ponía en su lugar, y el órgano descompuesto de los sentidos, lo componía y volvía á buen orden; con que después de algunos días, que estuvo privado de ellos, volvió en sí; y tan brevemente convalació de una enfermedad tan mortal, que le pareció que fué sobrenatural, dada para aviso y castigo de sus culpas, y la salud y convalencia para enmendar y reformar sus pasiones.

Lo octavo: ni convalécido (¡oh, Señor, lo que sufrís!) salió enmendado, sino que entre buenos deseos y ansia de enmendarse, volvía otra vez á caer y más caer, á pecar y más pecar, á llorar y más llorar, y á penar y más penar. Y así llorando y pecando y buscando excusas á sus pecados contra el discurso y razón natural y espiritual (que en esto ha sido sutilísimo este bruto), haciendo siempre argumentos contra la sinceridad y en

favor del apetito, vivió algún tiempo, hasta que Dios, compadecido de tal flaqueza y debilidad, puso en el corazón de su Rey, que le diese una Iglesia grande, de provincias muy remotas, á donde fué á servir á Dios. Y asimismo muy grandes comisiones del servicio de aquel Príncipe y Rey que se la dió y bien de aquellas provincias.

Lo noveno: dióle Dios al recibir esta nueva, puesto y dignidad, gran templanza en el animo, y tan grande indiferencia, que cualquiera cosa que fuese en bien de su alma abrazaría igualmente. Y así se puso en las manos de dos varones espirituales, maestros suyos, que mirando todas las conveniencias del servicio de Nuestro Señor y de su alma, le dijese lo que más le convenía, y éstos le dijeron que aceptase y así lo hizo.

Lo décimo: no era esta Iglesia en el título de la Catedral, la misma que le había dicho San Pedro; pero ni él se quiso gobernar, sino por lo que le decían los siervos de Dios, con quien lo consultó. Pero después de haber ido á aquella Iglesia, halló que á un lugar de ella, de los más conocidos de la diócesis, se llamaba del mismo nombre que la Iglesia que le dijo el Santo que había de gobernar. Con que se verificó la visión á la letra, en esto y en las demás circunstancias que entonces le insinuó.

Lo undécimo: desde que se acercó al ministerio (aunque algunos meses antes había mostrado su natural flaco, miserable y perdido; si bien vuelto por la gracia y misericordia de su Señor, Creador, Dios, Redentor y Soberano, á su mano benditísima) comenzó á disponer buenos dictámenes para obrar y hacer apuntamientos de servir con perfección el oficio pastoral. Y esto lo hacía porque lo sentía, deseaba y se lo daban. Y de esta suerte se disponía con oración, penitencia y observaciones de espíritu al gobierno para hacer esta dilatadísima jornada.

Lo duodécimo: poco antes de partir le consagró de Obispo un Cardenal muy santo y ejemplar en la iglesia de un convento de San Bernardo, y el día de San Juan Evangelista, con grandes sentimientos de su alma de amor, de dolor, de lágrimas, y deseo de acertar y humillarse al recibir estas unciones sagradas. Y desde aquel día sintió en sí grande amor espiritual á sus súbditos y sumo deseo del bien de sus almas y de su consuelo, y recibió la Consagración con vivos sentimientos de aquello que recibía. Y en consagrándole, se fué á ofrecer á la Virgen, en un Santuario muy devoto de la Corte. Y á esta Señora siempre tuvo por su medianera, y por su mano obraba y ofrecía cuanto hacía.

Lo decimotercero: este santo Cardenal le dijo

lo mucho que esperaban de este pecador en el ministerio, y entre otras razones que pugnase por las reglas eclesiásticas, y no por cosas pequeñas: consejo que siempre tuvo presente.

Otro santo Cardenal y Prelado, al pasar por su diócesis le hospedó en su casa y le puso en las manos la vida manuscrita de un gran Prelado de Granada y Sevilla, que tuvo muchas y grandes controversias, y se gobernó en ellas con gran valor y prudencia.

También poco antes que sucediesen las principales controversias eclesiásticas en favor de su iglesia, un varón muy espiritual le envió desde España á aquellas remotas provincias, donde este pecador estaba, un cartel ó pasquín de horribles oprobios contra San Carlos Borromeo, cuando reformó á Milán; siendo contingente que todo esto lo dispuso la Providencia Divina, para prevenirle el ánimo de que había de padecer por las almas de su cargo y por defender á su Iglesia y dignidad.



CAPÍTULO XVII

Hace una gran jornada y ausencia de su tierra, patria y provincia, este pecador, á servir una iglesia en partes remotas. Cargos y misericordias que Dios le hizo, y de qué debe dar cuenta.

Todo cuanto Dios ha obrado con este miserable pecador desde nacer hasta ahora (ó dure, Dios mío, conmigo vuestra piedad) ha sido, no muchas misericordias, sino una continuada misericordia, lástima y conmiseración de sus miserias. Porque cuanto ha habido menester para salvarse le ha dado, no sólo con los efectos y medios de la común providencia, que á todos desea ver salvos, sino con tan particular que pierde el juicio de admiración y dolor esta ingrata criatura, siempre que lo considera.

Porque viendo esta infinita bondad que este hijo pródigo se le perdía á cada paso en su tie-

COL. DE LIB. QUE TR. DE AM.—T. X. e

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ÁLFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO